

L. Canfora: *Tucidide. La menzogna, la colpa, l'esilio*. Bari (Editori Laterza) 2016, 355 páginas.

Laura Sancho Rocher
Universidad de Zaragoza (España)

Luciano Canfora aborda en su último libro una cuestión a la que ha dedicado ya muchas páginas a lo largo de su larga trayectoria científica; se trata de la polémica sobre el eventual exilio del historiador Tucídides tras la captura por parte del espartano Brásidas de la colonia ateniense de Anfipolis en Tracia, hecho acaecido en el año 424 a.C. Es un asunto que el citado estudioso considera esencial y que afecta directamente a la interpretación del escrito tucidideo. Como es habitual en el profesor Canfora, el problema es tratado con un asombroso despliegue de argumentos y con gran erudición, tanto en relación con las fuentes clásicas y helenísticas, como en lo que atañe a la discusión historiográfica desde el siglo XIX, por lo que sus conclusiones tienen la apariencia de irrefutables. Intentaré resumir aquí lo más significativo, pero valga decir, de entrada, que si bien algunas de sus propuestas son indiscutibles, otras pertenecen al orden de lo hipotético.

Como es sabido la *Historia de la guerra del Peloponeso* se inicia con un Proemio en el que el autor “firma” su obra y habla de las circunstancias en las que empezó a escribir. Al percatarse –dice– de que esta guerra, la que enfrentaba a Atenas y a sus aliados con Esparta y la Liga del Peloponeso, iba a ser la más importante de las habidas anteriormente. En realidad todo el libro I es en sí un Proemio que explica la causa más verdadera de la guerra y los desencadenantes, e introduce las reflexiones metodológicas que, al menos en parte, fueron escritas una vez concluida la guerra. Pero en el libro V nos encontramos con el llamado Segundo Proemio, pasaje en el que leemos: “El mismo Tucídides ha escrito también estos hechos”, llegando “hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio y ocuparon los Largos Muros y el Pireo” (5.26.1); y un poco más adelante (§ 5) el historiador explica que, dada la circunstancia de haber estado exiliado veinte años en el Peloponeso, pudo acceder a informantes de ambos bandos. Tal como se ha transmitido la obra de Tucídides, nuestro libro VIII termina en el año 411/410, y no en 404 (con la firma de la paz con los espartanos). Según Canfora el “redactor” del Segundo Proemio y responsable del estado final de los años XI-XV (Th. 5.24-83) y, sobre todo, XXII-XXVII (X. *Hell.* 1-2.1-2) sería

Jenofonte quien, en algún momento antes del 409, habría entrado en contacto con Tucídides en la ciudad de Atenas, o más tarde en Tracia, y se habría hecho cargo de los papeles inacabados del historiador. Tucídides, por tanto, no habría estado exiliado de Atenas desde el año 424, sino que se habría marchado de su ciudad solo cuando, tras fracasar la primera oligarquía, fue plenamente reinstaurada la democracia.

Lo cierto es que la tradición biográfica helenístico-romana sitúa el exilio de Tucídides en Skapte Hyle (Tracia), algo que ocurre desde Dídimo a Marcelino, y no en el Peloponeso, como hace el Segundo Proemio, por tanto se puede sospechar que los eruditos alejandrinos no basaron su reconstrucción directamente en la lectura del así llamado Segundo Proemio. Canfora empieza por estudiar en detalle el relato que hace Tucídides de su acción personal en Tasos y Eyón, cuando se produjo la caída de Anfípolis, y subraya que el historiador no dice nada que haga pensar en un juicio contra él ni contra el otro general del área tracia, Eucles, y que, además, una destitución y acusación política en esos momentos no habría tenido sentido para los intereses atenienses.

Según la lectura de Canfora, Tucídides, miembro del clan de los Filaidas por parte de padre y de madre, explotaba en alquiler las minas de oro del Pangeo, pero estas no le pertenecían sino que eran propiedad de la ciudad, como demostraría el hecho de que, incluso en los años 411-409 (p. 51), llegaran regularmente a Atenas lingotes procedentes explícitamente de Skapte Hyle. Así pues, Tucídides habría sido elegido estratego y puesto al mando de una flotilla con sede en Tasos, seguramente porque –como él mismo comenta– era un hombre con influencia y conexiones con los príncipes de la zona; del mismo modo, Eucles habría sido designado estratego porque, ya previamente, era gobernador (*phylax*) ateniense en la colonia de Anfípolis. En el año 424, Atenas no previó las consecuencias de la campaña de Brásidas pues de otro modo no habría iniciado acciones bélicas en Beocia, una empresa catastrófica que, para Canfora, lleva el sello de Cleón y sus hombres, entre los que se contaría Demóstenes. La consecuencia fue que la derrota en Delio habría significado un fracaso de la línea dura y, tras ella, fueron los ‘moderados’ Nicias y Nicostrato los que introdujeron la tregua y la firma de la Paz. El triunfo de la política de acuerdos, en los años 423-421, haría también dudar del supuesto castigo impuesto al historiador, un aliado natural de Nicias y Nicostrato.

En 424, pues, el mayor error de Atenas habría sido no haber previsto las consecuencias de la política de Brásidas: Anfípolis fue solo una más entre las ciudades de la Liga Naval que, en aquella región y en ese momento, hicieron defección gracias a la habilidad retórica de Brásidas. Es cierto que esta ciudad en concreto tenía un valor añadido para Atenas al ser una colonia propia, fundada por fin en 438 a.C. tras varios intentos anteriores. Los heterogéneos habitantes de Anfípolis no eran mayormente oriundos de Atenas y la falta de

cohesión de la población facilitó la labor de persuasión del brillante general espartano. A Eucles se le permitió salir de la polis con algunos de sus hombres; y Tucídides llegó a tiempo de salvar Eyón, con lo que consiguió que la victoria del lacedemonio no fuera completa. Las minas del interior seguirían en manos atenienses, así como Eyón, el puerto de Anfípolis. Concluye Canfora que el único éxito de Atenas en el 424 había sido la salvación de Eyón. Por tanto, este no constituyó un motivo de persecución judicial sino de todo lo contrario. Tucídides incluso habría sido consolidado y reelegido como estratego para la región tracia.

Es esta primera parte de la exposición de Canfora la que reviste mayor poder de convicción. Efectivamente, del relato del año 424 no se deduce absolutamente nada de un eventual exilio. Además induce a sospecha la contradicción sobre el lugar en el que habría estado exiliado nuestro historiador: Skapte Hyle para la tradición alejandrina; el Peloponeso de acuerdo con el Segundo Proemio. También resulta sorprendente que ‘el historiador de la autopsia’ hubiera sido capaz de hacer un relato tan vívido de la guerra desde el punto de vista ateniense (campana de Sicilia, golpe de estado de los Cuatrocientos) sin estar presente en los escenarios descritos. Canfora, pues, se queja de aquellos intérpretes modernos que achacan a Tucídides una gran creatividad literaria y le niegan preocupación por la verdad, lo que acaba convirtiendo al gran historiador ateniense en un magistral embaucador. Por el contrario, para Canfora, Tucídides sería un historiador honrado, gran admirador y defensor de Atenas y de su imperio y, por supuesto, juez crítico de la democracia posterior a Pericles.

Otro rompecabezas desconcertante se abre con las palabras de Tucídides en 5.26.5 donde aparentemente el hijo de Oloro afirmaría haber sido estratego en Anfípolis (μετὰ τὴν ἐξ Ἀμφίπολις στρατηγίαν), justo antes de su exilio. En la reconstrucción de Canfora, como he señalado, Tucídides no era el estratego de Anfípolis en 424 a.C., lo que empuja a este estudioso a plantear una posible enmienda (pp. 208ss) de la frase en cuestión. Su conclusión es que tras la mencionada locución se escondería una alusión críptica del “redactor” –Jenofonte y no Tucídides– a su “mando sobre la Acrópolis” (μετὰ τὴν [ἐμὴν] ἀμφὶ πόλιν στρατηγίαν) durante la guerra civil. Los filólogos o copistas serían los responsables de haber rectificado el original y esa versión habría tomado carta de naturaleza en el texto transmitido. Alega Canfora, como fundamento de la modificación de los manuscritos propuesta por él, el significado genérico que va tomando el término *strategía* desde finales del s. V, y el giro poético de Esquilo, *Coéforas* 75, donde el conflicto civil es aludido con la expresión ἀνάγκη ἀμφίπολις.

El denominado Segundo Proemio sería el testimonio dejado por Jenofonte de no haber querido apropiarse de los hallazgos de Tucídides. Él habría recibido un texto *in fieri* y lo habría completado durante su exilio (401-380 ca.) en el

Peloponeso donde, obviamente, pudo acceder a informantes del otro bando. En efecto, Jenofonte, que permaneció en Atenas durante los gobiernos de los Treinta y de los Diez (404/3 a.C.) debió de estar suficientemente implicado en la segunda oligarquía –según Canfora fue uno de los hiparcos– como para optar prudentemente por alejarse de su ciudad al poco de ser restaurada la democracia. Luego vendría su exilio oficial, sentenciado en contumacia seguramente en 399 a.C. No obstante, el mismo Canfora reconoce que entre 421 y 413 a.C. el propio Tucídides (sin necesitar estar exiliado de Atenas) habría podido viajar por el Peloponeso, estar en Corinto, e informarse ampliamente para su trabajo.

Como solía hacer con sus otros escritos, Jenofonte habría añadido su nombre al título de la obra en la que reconocía basarse en los bocetos de su precursor, pero esta firma habría desaparecido cuando los filólogos de Alejandría ordenaron los escritos de Tucídides en ocho libros. Por eso las *Helénicas* de Jenofonte enlazan directamente con el último capítulo del libro VIII de Tucídides, sin el necesario Proemio y la esperada firma de autor. Así fue como el Segundo Proemio se hizo invisible y pasó a ser parte integrante del libro V, por obra de la reordenación de los textos de Tucídides hecha en Alejandría. Pero la leyenda sobre el exilio de Tucídides fue creciendo, tal vez desde que Estesimbrotos de Tasos describiera las posesiones tracias de la familia, o desde que un discípulo de Teofrasto, Praxifanes (s. IV a.C.), hablara de la relación de Tucídides con Arquelaos; o bien desde que Cicerón (*De Oratore*, año 55 a.C.) mencionara el exilio de Tucídides. Todo ello habría ido dando forma a la ficción que recoge la tradición biográfica: que Tucídides estuvo veinte años exiliado, que eso ocurrió por su responsabilidad en la pérdida de Anfipolis, y que su exilio lo cumplió en “sus posesiones mineras” de Skapte Hyle.

Es, especialmente, en estos últimos extremos donde se exige al lector un mayor esfuerzo de imaginación pues, si bien no es imposible un error de transmisión, son muchos los supuestos que deberían ser admitidos, en este caso, para corregir nuestros MSS: la ambigüedad de Jenofonte en relación con sus aportaciones, la aparición de su nombre en un título perdido; la afirmación de haber vivido la guerra en edad de comprender (Th. 5.26.5); la confusión de los filólogos, responsables por un lado de la ordenación de los libros de Tucídides y Jenofonte y, por otro, de la idea de un exilio en las posesiones mineras de Tracia.

En conclusión, la obra reseñada reabre una cuestión que nunca ha recibido una solución definitiva. Resultará de gran provecho para los historiadores y filólogos interesados en la historia y la historiografía de época clásica. El problema de la autoría está íntimamente relacionado con el de la unidad de concepción de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, así como con la cuestión de la relación de su autor con su ciudad, Atenas, con la política imperialista de esta, y con los diferentes líderes (Pericles, Cleón, e incluso el oligarca

Antifonte). Por otra parte, como ya he comentado, Canfora nos hace viajar con agilidad y brillantez a través de la disputa filológica, y por medio de una ramificada argumentación accedemos a detalles tangenciales, tan inesperados como ilustrativos.

